

EL VALOR DE LA CULTURA

El desarrollismo a partir de los años 60 del siglo pasado arrastró también a enormes masas de población rural de nuestra Sierra a donde se ofrecía trabajo y se creía poder cambiar, a mejor, de vida.

La mecanización del campo, tractores y cosechadoras, en lugar de los pares de mulas y la siega con hoz, despojó nuestras aldeas con el señuelo de la vida en la capital y la liberación de los trabajos forzados: resineros, hacheros, pastores, etc.

Hubo, no obstante, quien se resistió y optó por permanecer en sus faenas, en su pueblo y en su casa, no tanto por inercia sino por firme decisión de ser dueño de su vida y de su trabajo; no para destinar a sus hijos a la misma dura vida sino para, a través de la educación, elevar su condición.

Quien confía en la educación como la base de la igualdad y el mejor factor de promoción personal y laboral sabe bien lo que se juega en este terreno. Aunque una escuela que ha represaliado a sus mejores maestros no sea la soñada y es más adoctrinadora que liberadora; ni igualitaria, ni eficaz.

Mi padre es uno de los que apuestan por quedarse y ha conocido la importancia de la instrucción que él no pudo tener.

No hacía quince años que había concluido la Guerra Civil, y menos todavía la dura represión franquista que llega hasta los años cincuenta con la lucha contra el maquis. La guerrilla antifranquista, sus colaboradores y simpatizantes sufren las iras más sanguinarias y vengativas en esta comarca serrana.

Quienes promocionaron el asociacionismo político y sindical en el tiempo de la II República son ahora los adalides de la Falange para salvar su puesto de funcionario-maestro y su vida incluso.

Hay quien discrepa, evitando la sumisión, enfrentándose y por ello recibe amenazas que llegan hasta para cuando su hijo vaya a la escuela.

Ante el peligro que se cierne, decide no llevarlo mientras sea titular de esa escuela quien sin ser alcalde, ni secretario, ni juez, los ha puesto y los tutela, haciendo y deshaciendo con el principio de Romanones: «al enemigo la ley, dura lex, y al amigo el favor».

Años de plomo donde abundan los juicios de faltas; las sospechas pasan a imputaciones y sanciones, sin más pruebas ni defensas. Jornaleros y labradores son multados por trabajar «los días del Señor»; con los curas colaboracionistas y los alcaldes, cuando no titeres de caciques mayores, verdugos de sus ciudadanos.

Difícil no doblegarse, pero de esa forja salen los compromisos con la vida y con su gente. Quienes hemos «promocionado» no podemos olvidar de donde venimos y no olvidamos. Estamos aquí y ahora para la gente que es nuestra: lo ha sido y lo será.



Ángel Valiente Poyatos